

## VALDES Y SALINAS. DOS ACTITUDES FRENTE A LA LENGUA

CARLOS MORIYON MOJICA

(Universidad Pedagógica Experimental "Libertador")

Si bien la teoría de la corrupción de la lengua latina -cómodamente asentada ya en Italia- ha hallado eco en la España del siglo XV, las encontradas posiciones de muchos y connotados estudiosos han impedido su propagación, aún bien entrado el primer tercio del siglo XVI. El discurso con el que Romolo Amaseo da inicio a la programación académica de la Universidad de Bolonia en 1529 es fiel testimonio de ello.

En Italia los humanistas se inclinan por la lengua 'pura', y la resistencia a la lengua 'corrompida' es todavía mayor en España. El *De Linguae Latinae uso retinendo*, de Amaseo parece ser, sin embargo, tanto en Italia como en España- uno de los últimos estertores con los que la preceptiva anterior pretende cerrar el camino a una más atenta consideración de las lenguas vulgares.

El renacimiento marca, de cualquier modo -menos en unos autores y más en otros- la definitiva relevancia de los problemas de la lengua y, también la mayor atención que, en oposición a las lenguas 'ilustres', comienza a brindarse a las lenguas nacionales <sup>1</sup>.

No obstante, los estudiosos siguen enrumbando sus teorías en diferentes direcciones. Unos, siguen viendo en el latín la única base eficaz del castellano, al cual tratan de enriquecer mediante formas y construcciones de esa lengua. Otros, por el contrario, sin desconocer la base latina, se oponen al 'criterio latinizante' y reconocen en el romance una lengua viva, con independencia plena.

Y en ese complejo mundo teórico que conforman las diversas actitudes y opiniones que en torno a la lengua sostienen los tratadistas de la época, se sitúan los dos autores cuyas ideas pretendemos recoger aquí: Juan de Valdés y Fray Miguel Salinas. Sus posturas en relación con algunos aspectos lingüísticos constituyen aportes -tan desconocidos como valiosos- a los que se hace imprescindible recurrir cuando se pretende caracterizar la teoría gramatical del Siglo de Oro español.

En uno y otro -Valdés y Salinas- buscamos las ideas que puedan ofrecernos su posición en torno a la concepción de lengua que se maneja en la época. Las ideas relacionadas con el origen de la lengua constituyen tópicos claves en la constatación de la

---

<sup>1</sup> Véase, entre otros, M. Romera Navarro (1929), "La defensa de la lengua española en el siglo XVI", *BH*, 31, pp. 204-255; José F. Pastor (1929), *Las apologías de la lengua castellana en el siglo de oro*, Madrid, Nueva Biblioteca de Autores Españoles.

línea seguida por cada uno de ellos. De allí, el que sea precisamente ése el aspecto en el que basamos nuestras observaciones.

Es, pues, como ya anotábamos, dentro del "fervor exaltado por el romance" al que hace referencia Buceta <sup>2</sup>, donde se inserta el interés que manifiestan nuestros autores por las cuestiones de la lengua. De allí, la preocupación por su origen, y de ésta, las diversas hipótesis y teorías que se plantean la explicación de los hechos que habrían dado lugar a la aparición de las "lenguas nacionales".

En el caso concreto de la lengua española y sus orígenes, las conclusiones legadas por los estudiosos muestran, en ocasiones, rumbos realmente disímiles y hasta contradictorios. Cuando cabe esperarse que la ascendencia latina señalada por Antonio de Nebrija para el romance castellano oriente en otro sentido los estudios gramaticales, una extensa bibliografía referida al origen de la lengua española pone de manifiesto que tal preocupación excede en mucho los planteamientos del "gran maestro andaluz".

El análisis de las obras y de los manuales que reseñan los estudios de la época evidencia posiciones como la iniciada por Antonio de Nebrija <1492>, recogida luego por Andrés de Poça <1587> y, más tarde, por Núñez de León <1606>, Aldrete <1606>, Ledezma <1626> y Fray Martín Sarmiento <1775> entre otros, en relación con la interpretación del romance castellano como "*una lengua resultante de la corrupción de la Lengua Latina ó Romana*".

En natural coexistencia con la posición anterior aparecen las reflexiones de López Madera <1601>, Cueva <1603> y Pellicer <1672>, que consideran que "<*la lengua matriz y primitiva fué el español mismo*", al que tienen como "una de las Setenta i Dos de la confusion i Division de Babel">, y traído por Túbal y los primeros pobladores de España.

Frente a estas consideraciones, se alzan, también, las de autores como Echaune <1607>, Larramendi <1728>, Perocheguy <1731>, y otros, para quienes "*la lengua bascongada fué, no sólo la primera que se habló en España, [...] sino la primera en el mundo*". Igualmente, las del Marqués de Llió <1756>, autor que busca el parentesco del romance castellano en la lengua de la Galia Gótica; o la de Velázquez <1752>, quien sostiene que "*las lenguas de los Españoles antiguos fueron la Griega y la Phenicia*".

Pero si bien es cierto que son muchos los que se plantean el problema, no lo es menos el hecho de que todo el mérito de haber iniciado las controversias se debe íntegramente a Juan de Valdés, quien ya para el año 1535 <sup>3</sup> inicia, en castellano <sup>4</sup>, sus

---

<sup>2</sup> Dice Buceta, refiriéndose al problema: "...así como en un principio, los autores, con ardimiento de neófitos, se prosternan ante el latín repudiando por limitado el romance, y elevan generales lamentaciones por la pobreza, por la falta de flexibilidad, por la incapacidad de la lengua moderna para servir de medio de expresión a pensamientos profundos, para cristalizar los resultados de altas especulaciones; cuando el Renacimiento se grana en nuestra patria, se dibuja, sobre este fondo de adoración por lo clásico, un fervor exaltado por el romance". Cfr. Erasmo Buceta (1926), "La tendencia a identificar el español con el latín. Un episodio cuatrocentista", en *Homenaje a Menéndez Pidal*, I, p. 85.

<sup>3</sup> Aunque el Conde de la Viñaza sugiere el año de 1540, Barbolani, siguiendo a Terracini, concluye que la obra había sido escrita desde un año antes que Carlos V pronunciara en Roma su discurso en español, hecho que tiene lugar el diecisiete de abril de 1536. Igual fecha recogen todos los demás editores y estudios que hemos consultado. En cuanto a la autoría y fecha del *Diálogo*, véase principalmente Emilio Cotarelo (1919), "Cuestión literaria, ¿quién fué el autor del <<Diálogo de la lengua>>?", en *B.R.A.E.*, Año VI, Tomo VI, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, pp. 473-522 y 671-698.

reflexiones sobre el origen de las lenguas de España.

En su *Diálogo de la lengua*, Juan de Valdés parece sentar las bases de una posición contraria a la manejada por Nebrija unos cincuenta años antes. Según Valdés, "la lengua que en España se hablava antiguamente era assí griega, como la que agora se habla es latina". Y agrega: "quiero dezir que assí como la lengua que oy se habla en Castilla, aunque es mezclada de otras, la mayor y más principal parte que tiene es de lengua latina, assí la lengua que entonces se hablava, aunque tenía mezcla de otras, la mayor y más principal parte della era de la lengua griega" (p. 132) <sup>5</sup>.

A esta opinión llega Valdés, como él mismo afirma, "por dos puertas": "La una es leyendo a los historiadores, porque hallo que griegos fueron los que más platicaron en España, assí con armas como con contrataciones [...] La otra ... es la consideración de los vocablos castellanos, porque, quando me pongo a pensar en ellos, hallo que muchos de los que no son latinos o arávigos son griegos, los quales creo sin falta quedassen de la lengua antigua..." (p. 133).

Tal postura, en un análisis superficial de la obra, nos muestra a un Valdés alejado de Nebrija y, por tanto, del resultado esclarecedor de estudios posteriores en relación con el origen del romance castellano <sup>6</sup>. Una lectura más detenida del *Diálogo de la lengua* evidencia, sin embargo, que toda la obra rezuma el verdadero sentir de Valdés en cuanto a este aspecto, que no es otro, como lo apuntan el Conde de la Viñaza, Barbolani y Lope Blanch <sup>7</sup>, que la consideración del latín como origen de la lengua castellana.

---

<sup>4</sup> Hace notar Barbolani, que las ideas valdesianas en este sentido habían tenido ilustres predecesores en algunos humanistas franceses, pero es Juan de Valdés -como apuntan La Viñaza y Bahner- el primero en plasmarlas en romance castellano.

<sup>5</sup> Cfr. Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Edición de Cristina Barbolani, Madrid, Cátedra, 1982. Citamos siempre por esta edición, considerada por Quilis como "la mejor edición crítica realizada hasta ahora", ya que "constituye una aportación importantísima para el conocimiento de la obra, a la par que permite un estudio seguro de la misma". Cfr. Antonio Quilis (1984), *Estudio y notas* de su edición del *Diálogo de la lengua*, Barcelona, Plaza & Janés, p. 35. Marsá se refiere también a ella como "la cuidada edición de Cristina Barbolani", y reconoce que "constituye el punto de partida de la versión de Juan Manuel Lope Blanch". Cfr. Francisco Marsá (1986), *Estudio y notas* de su edición del *Diálogo de la lengua*, Barcelona, Planeta, p. XXXII, Prieto la reconoce también cuando expresa: "Citaré el Diálogo por la edición de C. Barbolani...de la que acepto la denominación de Torres y no Pacheco, para uno de los interlocutores". Cfr. Antonio Prieto (1986), *La prosa española del siglo XVI*, Vol. I, Madrid, Cátedra, p. 164.

<sup>6</sup> A propósito de ello llama la atención Montesinos cuando afirma: "También es instructivo compararar lo que Bembo y Valdés escriben sobre los orígenes de sus romances respectivos. [...] Nuestro autor trató estas cuestiones tan someramente y tan de pasada, que no siempre es enteramente fácil interpretarlo". Cfr. José F. Montesinos (1928), *Estudio y notas* de su edición del *Diálogo de la lengua*, Madrid, Ediciones de "La Lectura" (Col. Clásicos Castellanos 86), p. LVII.

<sup>7</sup> En el Conde Viñaza (1893:8) se lee: "Lo cual no importa, sin embargo, para que sea un mérito evidente proclamar en el primer tercio del siglo XVI aquel principio filológico de que el castellano nace del latín, sin dejar de tener en cuanta otras influencias..."; y en el estudio introductorio de Lope Blanch (1984:28) al *Diálogo de la lengua*: "Valdés sabía... que la lengua castellana era, como todas las demás de España -excepción hecha del vascuence- la misma lengua latina <<corrompida>> por el paso del tiempo y por las invasiones lingüísticas de germanos y árabes". Barbolani (1982:72-73) por su parte, expresa que Valdés "A veces considera la lengua como patrimonio objetivo, producto del uso y corrupción del latín, y en tal sentido en igualdad absoluta con lenguas hermanas, con eliminación moderna de toda concepción jerárquica".

Sin entrar en un análisis de la etimología de la mayoría de los vocablos analizados por Valdés en su *Diálogo*, ni de aquellos marcadores lingüísticos que, diseminados por toda la obra, señalan con claridad esta última posición, ya que ello supondría unos límites que se alejan de los objetivos de este trabajo, haremos notar varias circunstancias concretas que señalan que es realmente ésta la posición de Valdés.

Si bien es cierto que Valdés expresa específicamente -como quedó expuesto más arriba- que la lengua que se hablaba en España antes de la llegada de los romanos, y de la que siguió guardando algunas características, era la griega, también lo es el que, unas páginas más adelante afirme que la latina "**desterró de España a la griega**". Y agregue: "la qual assí mezclada y algo corrompida se platicó en España hasta la venida de los godos, los quales, aunque no desterraron la lengua latina, todavía la corrompieron con la suya, de manera que ya la lengua latina tenía en España dos mezclas..." (p. 137) <sup>8</sup>; y, finalmente, al concluir el apartado referido al origen de la lengua, subraye que, "con todos estos embarços y con todas estas mezclas, **todavía la lengua latina es el principal fundamento de la castellana**, de tal manera que, si a vuestra pregunta yo uviera respondido que el origen de la lengua castellana es la latina, me pudiera aver escusado todo lo demás que he dicho; pero mirad que he querido ser liberal en esta parte, porque me consintáis ser escasso en las demás" (p. 139) <sup>9</sup>.

Es de hacer notar también, un aspecto ya señalado por J. M. Lope Blanch cuando hace referencia al hecho de que Valdés "no estaba muy convencido" de su posición con respecto al origen griego del romance castellano, como "lo prueba la tibieza con que presenta su hipótesis, las dificultades que parece advertir en ella" <sup>10</sup>.

"Valdés sabe que él mismo es, allí y entonces, entre los cuatro, la voz de la competencia y de la autoridad" <sup>11</sup>, nos dice Barbolani. Y no nos queda ninguna duda al respecto. Es precisamente ésa, la postura que adopta Valdés a lo largo del diálogo. Ello, aunado a la seguridad que deja traslucir en sus otros planteamientos, resultan, en consecuencia, contradictorios con las dos instancias en que toma posición en relación con el tema de la hipótesis griega.

La primera de esas instancias tiene lugar cuando, reconocida su autoridad en el tópico, Marcio le asegura que "parece harto aparente y razonable esta vuestra opinión, y yo tanto de oy más la terné también por mía, y lo mismo creo que harán estos dos señores" (p. 136); a lo que Valdés, de manera inusual, responde: "**La vida me avéis dado en no**

---

<sup>8</sup> Tanto Quilis (1984:91) como Marsá (1986:23) dejan ver, en sus respectivas ediciones, que J. M. Lope Blanch "observa con razón que debe faltar algo en los manuscritos porque, como está el texto, no contesta Valdés a la objeción hecha por Pacheco". Coincidimos en la observación, pero destacamos aquí la cita, particularmente, por el empleo del término "*desterró*" con el cual -creemos- Valdés da entrada a su real interpretación.

<sup>9</sup> Nos parece importante destacar que esta misma cita aparece reseñada por el Conde de la Viñaza, (1893:7) en la siguiente forma: "... de tal manera que si se afirmara que el origen de la lengua castellana es la latina, se diría la verdad, y todo lo que dicho queda sería escusado". Dejamos constancia de la forma diferente que adopta la cita. Desconocemos si la diferencia corresponde a la consulta de distintos manuscritos del *Diálogo de la lengua*, o si estriba en el interés particular de alguno de los autores -Viñaza / Barbolani- por reflejar una determinada posición de Valdés en uno u otro sentido.

<sup>10</sup> Cfr. Juan Manuel Lope Blanch (1984), *Estudio y notas* de su edición del *Diálogo de la lengua*, Madrid, Castalia, p. 29.

<sup>11</sup> Así lo expresa Barbolani, *Op. Cit.*, p. 70 <Cit. en <sup>5</sup>>.

querer contender sobrésto, porque por no porfiar me dexara vencer, haziendo mi cuenta que <<más vale quedar por necio que ser tenido por fiado>>. Y añade, "Pero mirad que, si alguno querrá dezir que la lengua vizcaína es en España más antigua que la griega, yo tanto no curaré de contender sobre lo contrario, antes diré que sea mucho en buena hora assí como lo dirá con tanto que a mí me conceda el señor Torres lo que digo" (pp. 136-137); con lo cual acepta una posición virtualmente alejada de la que acaba de exponer y contraria -a todas luces- a su parecer: la de un posible origen y sustrato vizcaíno <sup>12</sup>.

La segunda de las instancias a las que hemos hecho mención guarda relación con la postura asumida luego de que Torres le advierte que "si la lengua antigua de Spaña fuera griega, ni los mercaderes de Fenicia avian necesidad de interprete en el contratar de sus mercaderías con los antiguos de Spaña, antes que cartagineses y romanos la combatiessen" (p. 137); ante lo cual, Valdés, con moderación no demostrada en ningún otro momento del diálogo <sup>13</sup>, contesta así: "con todos estos embarazos y con todas estas mezclas, todavía la lengua latina es el principal fundamento de la castellana, de tal manera que, si a vuestra pregunta yo uviera respondido que el origen de la lengua castellana es la latina, me pudiera aver escusado todo lo demás que he dicho..." (p. 139); posición que lo aleja, no sólo de la expuesta por él en torno al origen griego, sino también de la acabada de manifestar a Marcio sobre la posibilidad de que hubiese sido no la griega sino la vizcaína, la lengua anterior a la llegada de los romanos. En la respuesta a Torres se inclina hacia un directo origen latino.

A las vacilaciones anteriores, a la posición más bien tímida adoptada en este caso por Valdés y al espíritu que en torno al origen latino está presente a lo largo de toda la obra podemos sumar, además, la respuesta con la que Marcio cierra de manera definitiva este aspecto de la conversación. Dice Marcio, "porque assí vuestra opinión acerca de la primera

---

<sup>12</sup> Puesto ya de manifiesto por Lope Blauich (1984:29) cuando resalta como contradictorio "lo dispuesto que se muestra [Valdés] a admitir la tesis vasquista". La idea aparece, aunque con distinta matización en Quilis (1984:39-40) y en Bahner (1966:60).

<sup>13</sup> No estamos, en modo alguno, de acuerdo con el planteamiento hecho por Barbolani en "Los diálogos de Juan de Valdés", *Historia y crítica de la literatura española, Siglos de Oro: Renacimiento*, II, Francisco Rico (ed.), 1980, p. 198. Insiste en dos oportunidades allí acerca del "sentido de tolerancia" que refleja Valdés en este diálogo. Lo expresa así: "El sentido de tolerancia y comprensión [...] que asomaban en el *Doctrina Christiana*, se ha ampliado ahora en una experiencia de vida..."; y, en la misma página, "...crítica de lo anterior, conciencia de emprender tarea nueva, ideales de tolerancia". No vemos, excepto en los dos fragmentos a los que se refiere esta nota, tal "ideal de tolerancia". Vemos -y en eso sí coincidimos con ella- que "La figura de Valdés es la principal depositaria de la verdad (lingüística en este caso)..." (1980: 198), y estamos seguros de ver a Valdés siempre en esa posición. Por eso, volvemos a coincidir con ella cuando dice: (1982: 70) "Valdés sabe que él mismo es, allí y entonces, entre los cuatro, la voz de la competencia y de la autoridad"; y también cuando afirma que la situación del diálogo permite percibir a un Valdés "capacitado para dirimir y aclarar las grandes-pequeñas cuestiones lingüísticas y fijar una norma". Es ésa, justamente, la posición que creemos, arroja el análisis de muchísimas situaciones acaecidas durante el diálogo. A reforzar nuestra opinión contribuye la observación hecha por Nieto (1979: 241) -incuestionable a nuestro juicio, dada la exhaustividad de su trabajo- en relación con el carácter de Valdés. Dice Nieto: "...ingenio, sutileza y encanto, pero siempre sin permitir que nadie prevaleciese sobre su voluntad y personalidad; firme en sus convicciones, explícito cuando había que decir algo claramente, y, si el caso lo requería, sin dudar en resolver una cuestión con sus propias manos. Estos otros aspectos [...], y no sólo su "encanto" explican su poderosa atracción sobre tantas personalidades también [...] de carácter firme y fuerte". Recordamos también que la misma Barbolani define al Valdés de las *Cartas* como "partidario de la acción enérgica y violenta, orgulloso y a veces intratable..." Cfr. Cristina Barbolani (1976), "Los diálogos de Juan de Valdés ¿reflexión o improvisación?", *Actus del Coloquio Interdisciplinar. Doce consideraciones sobre el mundo hispano-italiano en tiempos de Alfonso y Juan de Valdés*, Bolonia, Publicaciones del Instituto de Lengua y Literatura de Roma, p. 145.

lengua, como acerca de la corrupción de la latina, parece no se puede negar; **pero, pues tenemos ya que el fundamento de la lengua castellana es la latina**, resta que nos digáis de dónde vino y tuvo principio que en España se hablassen las otras quatro maneras de lengua que oy se hablan: como son la catalana la valenciana, la portuguesa y la vizcaína" (p. 139).

El último ejemplo al que haremos mención resulta, a nuestro juicio, el más explícito de todos, ya que postula una consecuencia lógica que habla por sí sola. Nos referimos a la circunstancia en que Valdés asegura que "es mi opinión que la ñorancia de la lengua latina que los tiempos passados ha avido en España, ha sido muy principal causa para la negligencia que avemos tenido en el escribir bien la lengua castellana" (p. 157) <sup>14</sup>.

Las razones expuestas nos permiten interpretar que es ésta, en definitiva, la posición de Valdés, el cual, intentando dar a la lengua castellana un cierto prestigio, le asigna una ascendencia griega de la que duda, pero que le permite, en laguna medida, equipararla con la lengua toscana, dadas las ventajas que como lengua literaria ésta poseía frente a la suya propia <sup>15</sup>. Este sentimiento del que hablamos no se circunscribe sólo a la situación concreta de este diálogo, sino que había inspirado por mucho tiempo a Valdés y se había puesto de manifiesto en su disposición de escribir siempre en castellano <sup>16</sup>. El sentimiento terminará por ser enteramente general -como bien recoge Pastor- cuando Carlos I de España, en presencia del Papa Pablo II y de los embajadores de Francia y de Venecia, pronuncia su discurso en español, "*rompiendo* con la costumbre de hablar en latín, justificando este acto con la afirmación de la nobleza que poseía el español y mereciendo por esto ser entendido por todos" <sup>17</sup>.

Consideramos que la postura de Valdés en relación con el origen de la lengua queda

---

<sup>14</sup> Nos resulta extraño no haber encontrado el ejemplo -manejado en este sentido- en ninguno de los estudiosos que hemos consultado; sobre todo, si se piensa en lo esclarecedor del texto y en el hecho de que todos hayan aludido al problema de esta dudosa suposición de Valdés. Su actitud aquí nos parece determinante. Dado que el latín "desterró" de España la lengua griega, éste es el fundamento del romance castellano, y Valdés no ve necesidad de referirse ahora a la repercusión que ha tenido "la ñorancia" de la lengua griega.

<sup>15</sup> Una pequeña matización de esta idea aparece ya en Bahner (1966: 62) al expresar que en el momento en que Valdés afirma que la lengua prerromana hablada en España fue la griega, "no hace más que trasladar la alta valoración de la lengua griega por los humanistas en el siglo XVI a la historia de la lengua española" y, más adelante (: 63), al afirmar que "Valdés intentaba establecer, con su opinión sobre la lengua primitiva de España, una ascendencia honrosa para su propia lengua, según la concepción de las disputas entre lenguas nacionales en aquella época". La idea vuelve a ser recogida, casi con las mismas palabras, por todos los críticos que se han acercado seriamente al *Diálogo de la lengua* y a Valdés. Véase, además, Manuel García Blanco (1967), *La lengua española en la época de Carlos V (y otras cuestiones de lingüística y filología)*, España Escelicer, p. 40; Quiñis (1984: 4); Barbolani (1982: 73 y 144). Nos parece criticable la posición de Marsá (1986: XXV) el cual soslaya el tema con la simple observación de que "Un error inicial de bulto desluce todo el capítulo: suponer que la lengua hablada en España antes de la conquista procedía del griego".

<sup>16</sup> Hecho reseñado por la totalidad de los editores y estudiosos consultados. A propósito de ello, reproducimos, a manera de ejemplo, las palabras de Montesinos (1928: XLIV): "Rasgo muy español este de Valdés, al ganar para su doctrina las clases selectas de Nápoles; les impone, en cierto modo, como un conquistador, su propia lengua. No se vale del latín ni del italiano, que dominaba lo suficiente; se expresa siempre en español". Véase, además, R. Menéndez Pidal (1942), *La lengua de Cristóbal Colón*, Austral, 5ª edic., 1968, pp. 68-69.

<sup>17</sup> Cfr. José F. Pastor, Op. Cit., 1929; XXVI-XXVII, <Cit. en <sup>14</sup>>.

perfectamente explicitada en los términos en que lo hace Bahner, por lo que, ante el temor de no expresarlo de modo más preciso, o de tener que recurrir a sutilezas lingüísticas que nos permitan expresar la misma idea, preferimos reproducir textualmente sus palabras. Dice Bahner: "Puede decirse que en la cuestión del origen de la lengua de España, Valdés comparte la teoría de la corrupción, ya propugnada en el siglo XV. De todas formas, se ocupa también de las lenguas prerromanas de España y expone por primera vez en la historia de la filología española la opinión de que el griego ocupó el primer lugar entre las lenguas prelatinas de España".

En relación con este mismo aspecto del origen de la lengua, y apenas a veintiocho años del *Diálogo* de Valdés, nos encontramos con la figura y posición de Fr. Miguel Salinas, otro de los estudiosos a los que este problema, clave -como hemos dicho- en la teoría lingüística de estos siglos, no pasa desapercibido.

Salinas adopta, sin embargo, una postura sustancialmente diferente a la que hemos analizado en Valdés. El autor centra su atención en la ortografía y en la forma particular que han dado los latinos a ciertas voces tomadas del griego. Su interés en el romance castellano estriba en el hecho de que -como afirma- en él se ha difundido la idea de incorrección en "la pronunciación de muchas diciones de los passados". El autor, persuadido del alcance que le imprimirá a su obra el romance -muchos de los que caen en el error no saben latín-, se expresa así: "Y porq[ue] nuestra España esta desto persuadida como otras muchas: parecio se començasse por el de romance, no sólo por guardar la orden de charidad, y ser nuestro language casi ente[n]dido por toda europa: mas también porque en ella (hasta los q[ue] no sabe[n] latin) dan credito a la dicha doctrina moderna: que anda escripta en libros d' romance" (f. 17v) <sup>18</sup>.

Como estudioso interesado en las cuestiones de la lengua no puede, pues, Salinas dejar de abordar, aunque tangencialmente, el tema de su origen. En relación con la aprición de las lenguas expresa: "Como desde Adam hasta casi cie[n] años después del diluuiio los hombres hablassen, y despues escriuissen en legua hebrea (porque no auia otra) edificando con soberuia los decendientes d'Noé la torre de Babilonia, vinieron a no se entef[n]der los quales como no se entendiesen no quisieron estar juntos, mas los que se entendia[n] se juntaro[n] en vno, y hechos familias y naciones fuero[n] diuididos y derramados por Dios de aq[ue]l lugar por todo el mu[n]do: ... De los quales decendientes de Noé saliero[n] ento[n]ces ta[n]tos leguages, qua[n]tas naciones o familias era: q[ue] segun algunos fueron setenta y dos leguages, y otras tantas familias" (fol. 22r).

Con lo dicho, el autor sitúa sólo las primeras setenta y dos lenguas, que puede, ayudado por la explicación de las sagradas escrituras atribuir a origen divino. Pero Salinas es, además, un conocedor de la realidad lingüística de su tiempo. Por eso esboza su teoría atendiendo, sobre todo, a la diversidad de lenguas, hecho que atribuye -desafortunadamente- a cuestiones de carácter climático, pues asegura que: "Despues como las ge[n]tes se derramassen y multiplicassen por diuersos climas e partes d'l mu[n]do, fuero[n] y son mas las familias, naciones, y ge[n]tes q[ue] los le[n]guages de los ho[m]bres. De los quales aq[ue]llos q[ue] mora[n] en tierras frias, como en Europa, son animosos y no d' mucho ingenio, y los q[ue] en tierras calie[n]tes como en Asia, son timidos e ingeniosos, y los q[ue] mora[n] en tierras te[m]pladas, como los griegos participa[n] d'animo e ingenio. Y assi por los tales sitios y climas nace en los ho[m]bres diuersas coplexiones aficiones costubres, e inclinaciones las quales tiene gra[n] correspondencia cof[n] los ca[n]tos musicales. Y en qua[n]to predomina[n] vnas mas que otras, causan diuersos modos en la

---

<sup>18</sup> Citamos siempre sobre la edición de Pedro Robles y Francisco de Cormellas, Alcalá, 1563.

boz ca[n]to y ace[n]to segu[n] parece q[ue] los orie[n]tales hiere[n], la le[n]gua e palabras en la garga[n]ta como son los Hebreos y Asirios. Los mediterraneos en el paladar como son los Griegos y Asianos. Los occidentales en los dientes, como son los españoles e Ytalianos" (fs. 21v-22r).

Las particulares maneras de "boz, ca[n]to y ace[n]to", motivan el hecho de que, establecidos los incontrolables contactos lingüísticos, los vocablos adopten diferentes formas y sonidos: "Y porque vnas gentes se gozan mas con vnas pronunciaciones que con otras acaee que quando algun language toma alguna palabra de otro que no es conforme a su sonido y acento, o no le fuera bie[n], le quita o añade, o le muda letra, o acento o cantidad, o la transfiere a su sabor..." (f. 22v).

El interés de Salinas no es, por consiguiente, establecer una relación filológica entre las lenguas que conducen al romance sino, más bien, plantear -sin alejarse demasiado de la interpretación religiosa- la solución del hecho que vislumbra. Aún así, al referirse al uso que los latinos hicieron del vocablo "paráclitus", es posible determinar una relación diacrónica, de algún modo indicadora de su toma de postura con respecto al problema del parentesco lingüístico. Dice Salinas: "El primero que leemos que habló, e introduxo en la iglesia a paráclitus, o a su semejante, fue nuestro redemptor hablando en **Hebreo** con sus discípulos... Despues san Juan lo pronuncio en griego con .n. Y con el ace[n]to en la antepenultima diziedo: *paráclntos*. Y de aqui lo passaron los latinos a su habla con .i. ... es de creer que con el mismo acento dela antepenultima, y sonido de penultima se fue diuulgando por los latinos y por todo el mundo:... El concilio priemro Toledano... no[m]bra muchas vezes *paráclit*. Y la iglesia Toledana sie[m]pre efcriuio *paráclitus co[n]* .i. hasta el cardenal fray Francisco Ximenez ... Y de aquí de sucession en sucession a venido hasta nosotros" (f. 21r).

La posición es aún más clara cuando asegura que: "La comunicaci3n de las lenguas parece claramente: porque las letras vinieron de Phenicia a grecia. Y de Grecia a Ytalia y lengua latina" (f. 196v); y también al expresar que "Despues que los Gentiles fueron conuertidos a la fe Christiana: se passo la lengua latina a los christianos, en los quales ha auido varones eruditos, dotos y peritos" (f. 79r).

Como puede colegirse de la lectura de las líneas citadas de Salinas, los intereses que lo animan distan mucho de los analizados anteriormente en Juan de Valdés. Uno y otro, sin embargo, por diferentes caminos, parecen arribar, aunque de manera implícita, a conclusiones similares en cuanto al establecimiento de un origen latino para el romance castellano.

Las posiciones encontradas, no sólo ya en cuanto a la estructura y manera particular de enfocar el problema, sino, incluso, a los objetivos que los animan y las vías que cada uno selecciona para llegar hasta ellos, habían sido anotadas al principio de este trabajo, y resultan -lo dejamos expresado- como lógica consecuencia de un natural deseo de los estudiosos de la época, el dar respuesta a las interrogantes que suponía la consideración del origen de la lengua.

## Conclusión

La preocupación por el origen de la lengua, herencia evidente del *Quattrocento*, alcanza su efervescencia en los humanistas del renacimiento español, tanto dentro, como fuera de España. La plena conciencia de la importancia del romance es evidenciada en todas las obras de la época. El latín conserva, aún, su plena vigencia, pero el romance castellano comienza a erigirse como lengua viva, "tan noble, que merece ser sabida y

entendida de toda la gente cristiana" y capaz de cumplir su papel de vehiculador de "los concetos de mi ánimo", en igualdad de condiciones con cualquier lengua de las consideradas superiores.

La importancia que adquiere esta problemática y la atención que, cada vez en mayor proporción, va requiriendo la consideración de las lenguas nacionales establecen, pues, un carácter casi obligante sobre los estudiosos y tratadistas de la época. Todos, en mayor o menor medida, intentan dar respuesta a la serie de interrogantes que surgen paralelamente con la relevancia que nace de la naturaleza misma de las lenguas vulgares.

Las posibilidades expresiva y comunicativas acrecientan, día a día, el empleo del romance frente a una lengua que, si bien considerada aún como mucho más prestigiosa, va perdiendo el vigor de la "energeia" que supone su uso.

El origen de la lengua vulgar, el estado de corrupción que representa en relación con la lengua o lenguas de las que deriva, sus variedades diatópicas y diastráticas, el grado de vacilación fonético, fonológico, ortológico y ortográfico que representa su mismo nacimiento, evidencian su auge en cuanto tópicos implícita o explícitamente considerados en la mayoría de los autores y obras producto de tal circunstancia histórica.

Juan de Valdés y Fray Miguel Salinas son sólo dos de los muchos estudiosos que, enfrentados a la problemática que suponen las disertaciones, intentan contribuir en la consecución de respuestas definitivas para algunos de esos tópicos. Salinas, desde su monasterio de Santa Engracia de Zaragoza. Valdés desde el ambiente cortesano de la Italia del Gran Emperador.

Algunas de las más importantes motivaciones -aunque con toda seguridad no las únicas- para el estudio del español en las Gramáticas del Siglo de Oro fueron anotadas ya, entre otros, por Roldán <sup>19</sup>. Nosotros, aunque convencidos del valor de muchas de sus aseveraciones, estimamos que las obras de nuestros autores -Salinas y Valdés- no pueden ser reducidas a un único apartado de motivaciones de las seis que propone el autor. En Valdés, la conciencia de una comunicación supranacional incluye, de hecho, motivaciones que caen perfectamente dentro del apartado denominado "*de la moda*", pero "*el valor intrínseco de la lengua*" constituye, sin duda, la principal motivación del Diálogo valdesiano. Salinas, por su parte, declara simultáneamente tres de las motivaciones propuestas por Roldán. La conciencia lingüística lo lleva a declarar explícitamente como motivación "*el valor intrínseco de la lengua*" pero no cabe duda de que "*la afinidad lingüística Español/Latín*" y hasta la misma "*moda*" del español son puestas de manifiesto por el maestro de Santa Engracia.

Emparentados histórica y lingüísticamente, el uno y el otro -Valdés y Salinas- se acercan al romance castellano con plena conciencia de su base latina, pero también con la seguridad de que, a nivel de uso real de los hablantes, aquélla no es más que la lengua del pasado. No es otra cosa que esa conciencia -claramente expresada en sus obras- la que lleva a ambos a escribir en romance. La importancia de la lengua vulgar y la necesidad de establecer una normativa que sienta las bases para un adecuado empleo de la misma, los llevan a las respuestas que hemos intentado buscar en este trabajo.

Salinas, un poco más apegado, quizás, a la normativa clásica que se resiste a la pérdida de formas cultas latinas, no se detiene en el análisis del origen de la lengua castellana, cuestión que, implícitamente, aparece como sin lugar a discusión. Valdés, por su parte, deja sentado el origen latino de la lengua castellana, pero va más allá que Miguel

---

<sup>19</sup> Véase A. Roldán Pérez (1976), "Motivaciones para el estudio del español en las gramáticas del siglo XVI", *R.F.E.*, LVIII, pp. 201-229.

Salinas, al discurrir sobre los vestigios de los diversos idiomas que sirvieron de sustrato al romance. Su interés en ello le lleva a señalar, además de las influencias griega y árabe, los parentescos de las distintas lenguas que conviven en la península.

La conciencia de procesos diferentes a nivel de habla y de escritura lleva a nuestros dos autores a proponer normas ortográficas que, cambiantes en el tiempo, puedan recoger de alguna manera, las modificaciones que tienen lugar a nivel fonético-fonológico. En Salinas, tanto el habla como la ortografía, sirven al uso, que, siguiendo a Quintiliano, es de eruditos. Sólo el que sigue a los eruditos, habla y escribe adecuadamente. Valdés, con una visión lingüística mucho más de avanzada, defiende, con mayor vigor y extensión, el principio ortográfico del "escribo como hablo".

Juan de Valdés y Fray Miguel Salinas. Uno en España, el otro, fuera de ella. Dos autores a los que una lengua y una época emparentan y que constituyen, de hecho, dos de los valores más representativos de lo que constituye la teoría gramatical del Siglo de Oro. Dos autores, dos posturas, dos respuestas a un mismo enfrentamiento lingüístico. Salinas y Valdés son, para nosotros, dos actitudes frente a la lengua.

### Referencias bibliográficas

- Alonso, Amado (1967), "El Diálogo de la lengua de Valdés", *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*, Madrid, Gredos, 3ª edic.
- Bahner, Werner (1966), "Juan de Valdés", *La lingüística española del Siglo de Oro*, Madrid, Ciencia Nueva, pp. 59-72.
- Barbolani, Cristina (ed.) (1976) "Los diálogos de Juan de Valdés ¿reflexión o improvisación?", *Actas del Coloquio Interdisciplinar. Doce consideraciones sobre el mundo hispano-italiano en tiempos de Alfonso y Juan de Valdés*, Bolonia, Instituto de Lengua y Literatura de Roma, pp. 135-154.
- Barbolani, Cristina (1980) "Los diálogos de Juan de Valdés", F. Rico (ed.), *Historia y crítica de la literatura española. Siglos de Oro: Renacimiento*, II, PP. 195-200.
- Barbolani, Cristina (ed.) (1982), Juan De Valdés, *Diálogo de la lengua*, Madrid, Cátedra.
- Buceta, Erasmo (1926), "La tendencia a identificar el español con el latín. Un episodio cuatrocenista", AA. VV., *Homenaje a Menéndez Pidal*, I, pp. 85-105.
- Cotarelo, Emilio (1919) "Cuestión literaria, ¿quién fue el autor del *Diálogo de la lengua*", *B.R.A.E.*, Año VI, Tomo VI, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, pp. 473-522 y 671-698.
- García Blanco, Manuel (1967), *La lengua española en la época de Carlos V (y otras cuestiones de lingüística y filología)*, España, Escelicer.
- Lope Blanch, Juan Manuel (ed.) (1984), Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Madrid, Castalia.
- Marsá, Francisco (ed.) (1986), Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Barcelona, Planeta.
- Menéndez Pidal, Ramón (1942), *La lengua de Cristóbal Colón*, Madrid, Austral.
- Menéndez Pidal, Ramón (Dir.) (1929), "Diálogo de las lenguas. Reseña y discusión del texto", *Revista de Filología Española*, T. XVI, Madrid, Impr. de la Librería y Casa Editora Hernando, pp. 289-295.
- Montesinos, José Francisco (ed.) (1928), Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Madrid, Ediciones "La Lectura", Col. Clásicos Castellanos, 86.
- Pastor, José Francisco (1929), *Las apoloías de la lengua castellana en el siglo de oro*, Madrid, N.B.A.E., Col. "Los clásicos olvidados".
- Prieto, Antonio (ed.) (1986), *La prosa española del siglo XVI*, Vol. I, Madrid, Cátedra.

- Quilis, Antonio (ed.) (1984), Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Roldán Pérez, A. (1976), "Motivaciones para el estudio del español en las gramáticas del siglo XVI", *RFE*, LVIII, pp. 201-229.
- Romera Navarro, M. (1929), "La defensa de la lengua española en el siglo XVI", *BH*, 31, pp. 204-255.
- Salinas, Miguel (1563), *Libro apologetico qve defiende la buena y docta pronunciacio[n] q[ue] guardaro[n] los antiguos...*, Alcalá, Pedro Robles y Francisco de Cormellas.
- Sigüenza, José de (1907), *Historia de la Orden de San Jerónimo*, II, Madrid, Bailly/Bailliére e hijos, Editores, 2ª ed.
- Terracini, Lore (1980), "La substancia del *Diálogo de la lengua*", F. Rico (ed.), *Historia y crítica de la literatura española. Siglo de Oro: Renacimiento*, II, Barcelona, Crítica, pp. 201-207.
- Viñaza, Conde de la (1893), *Biblioteca histórica de la filología castellana*, Madrid, Imprenta y fundición de Manuel Tello.